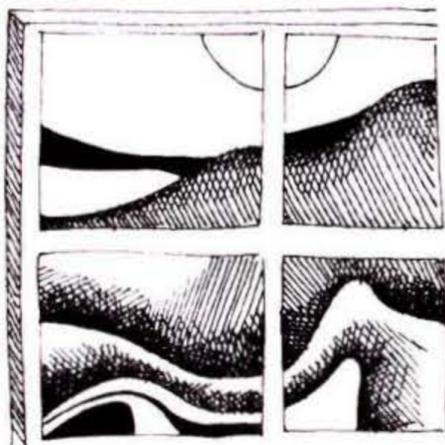


mirada hacia el futuro que anuncia el capítulo, sino más bien una nueva divagación sobre temas comunes que apenas quedan esbozados.

No deja de sorprender que la única alusión concreta y directa del texto de Saldarriaga a los monumentos nacionales de Colombia —objeto del libro, según lo enuncia el título—, es la lista anexa de ellos, clasificados por región y municipio, con el respectivo número del decreto o resolución. Es por eso que las bellas fotografías y sus pies de ilustración flotan en una suerte de vacío de rueda suelta; además, de muchos monumentos sólo se presentan detalles y no la imagen del conjunto, tal vez por razones de diseño.



Aunque la obra presta el servicio de aclarar conceptos y presentar definiciones y reflexiones de interés académico, parece más propia para una publicación académica que para un libro de formato grande a todo color. Y, por supuesto, el título que se le asignó es inapropiado. Así pues, todavía no se cuenta con una publicación que ofrezca una selección representativa del patrimonio colombiano con su respectiva reseña histórica, acaso con la excepción parcial de dos trabajos de Luis Duque Gómez. Parcial porque el primero (*Colombia: monumentos históricos y arqueológicos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955) fue pionero en su género, pero ya está desactualizado hace mucho tiempo; y el segundo (*Rescate del patrimonio arquitectónico de Colombia*, Bogotá, Fundación para la Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano,

Banco de la República, 1991) se refiere exclusivamente a las obras de restauración patrocinadas por el banco emisor. Con todo, resulta extraño que ninguno de estos dos estudios, que son importantes para el tema, hayan sido incluidos en la bibliografía.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Y más monumentos

Iglesias, conventos y hospitales en Cartagena colonial

Tulio Aristizábal Giraldo, S. J.
Banco de la República, El Áncora Editores, Bogotá, 1998, 154 págs., il.

Ilustrado con muy buenas fotografías de Juan Diego Duque y diseñado sobria y elegantemente por Camila Cesarino Costa, el libro del padre Aristizábal busca estudiar y reevaluar el legado arquitectónico de la fe cristiana en Cartagena de Indias. Para ello, el autor presenta reseñas históricas de cuatro iglesias, diez conventos y seis hospitales construidos en la ciudad durante la Colonia.



Los templos fueron las primeras manifestaciones religiosas en la arquitectura y el centro del proceso de

evangelización en el Nuevo Mundo. Generalmente las primeras fueron humildes construcciones de "paja y caña" (pág. 17). Cartagena contó con la primera en 1537, antecesora de la actual catedral; tuvo una vida efímera, porque como fue común, el fuego dio cuenta de ella. Reediciones sucesivas, esforzadas, costosas y prolongadas en el tiempo, tuvieron lugar hasta que finalmente, en 1612, el templo quedó concluido. El campanario que hoy ostenta proviene de mediados del siglo XVII. Una centuria más tarde, la iglesia fue víctima de una severa decadencia. Según el autor, "la humedad deterioró sus muros y columnas. Los altares, de bellísimas tallas, fueron presa del comején, que acabó con casi todo [...]". El primer arzobispo de la ciudad se dio a la tarea de reconstruirla, y para ello contó con el concurso del arquitecto francés Gaston Lelarge, en fecha que no informa el autor, que le dio al edificio el aspecto que hoy se le conoce, una mezcla, para unos armoniosa, caótica para otros, de estilos e influencias culturales. Una de las pérdidas más notorias, sin que se sepa quién fue el responsable, constituyó la de los "santos de piedra", elaborados en el siglo XVII; no menos penurias ha pasado su interior, que fue tergiversado por el tiempo, la incuria y los gustos del jerarca de turno. Lástima que Aristizábal, a pesar de que reseña las injurias, no detalla el contenido del edificio, pese a que lo denomina "relicario de abundantes tesoros históricos" (pág. 29).

Los otros templos incluidos en el libro son el de la Trinidad, concluido entre 1640 y 1644 en el barrio de Getsemaní, que alberga una pintura de gran formato atribuida a Pedro Tiburcio Ortiz, alusiva al purgatorio. En el mismo barrio se encuentra la iglesia de San Roque (protector de los apestados), edificada a raíz de la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Cartagena en 1651; la iglesia llegó a ser convertida incluso en taller de reparaciones eléctricas, hasta que pudo ser restaurada. El templo de San Toribio conmemora el paso efímero por la ciudad del ilustre prela-

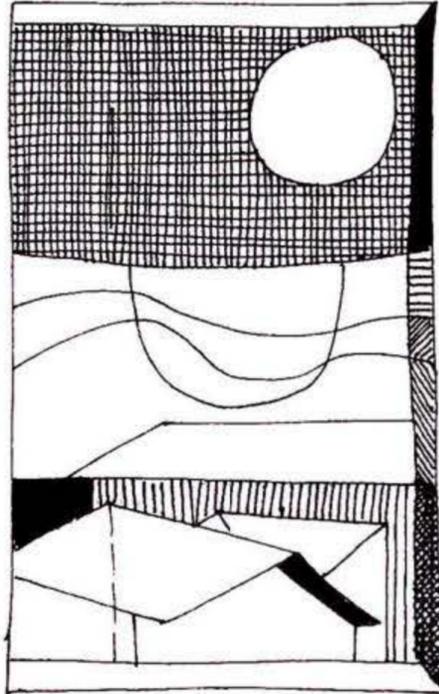
do Toribio Alfonso de Mogrovejo, inquisidor en Granada, arzobispo en Lima y luego santo, a cuya devoción y recuerdo se levantó una iglesia en el barrio de los Jagüeyes, dotada de un artesonado mudéjar de muy buena calidad, y de unas pinturas murales en sus ventanas, que Aristizábal omite mencionar.

El precursor de los conventos fundados en Cartagena fue el de Santo Domingo, establecido hacia 1539 y terminado en el siglo XVIII. El convento de los franciscanos, el de los agustinos descalzos y el de los calzados, el colegio de los jesuitas, el claustro de las carmelitas, el convento de Santa Clara, la recoleta franciscana de San Diego y el convento de la Merced, forman parte también de esta sección, en la que predomina el recuento de la llegada de las respectivas órdenes religiosas, entretejido con la historia de las vicisitudes de la construcción.

Tal vez el capítulo más novedoso es el dedicado a los hospitales, poco estudiados por la historia de la arquitectura colonial, y seguramente una de las primeras construcciones públicas que se levantaron en Cartagena, pues al año de fundada ya contaba con el primer hospital encomendado a San Sebastián, seguramente de materiales rudimentarios, sin que al parecer hoy queden rastros físicos de él, asunto que el autor no aclara suficientemente. El hospital del Espíritu Santo, el hospital del colegio de los jesuitas, el hospital para leprosos (donde trabajó san Pedro Claver), y el edificio de la Obra Pía (institución caritativa para mujeres, fundada gracias al legado de María Arias Cabeza de Vaca), integran este capítulo, que historia varias edificaciones hoy inexistentes.

Dentro del capítulo de los hospitales, el autor dedica una sección a describir, de manera documentada y amena, la situación de la medicina en la ciudad, en realidad precaria, pues estaba en manos de "protomédicos" (teguas), uno que otro barbero, uno que otro médico profesional, algunos boticarios y hasta brujos que tuvieron que vérselas con la Inquisición. No obstante, esta sección

desequilibra la unidad del libro, ya que, en rigor, debería entonces haber trazado también un perfil similar para las comunidades religiosas y el papel de las jerarquías eclesiásticas.



El énfasis del libro es sobre todo historiográfico. Pero cabe notar que la biografía de estas construcciones es generalmente, por fuerza de la verdad y no por escogencia del autor, melancólica y pesarosa. Más que una historia de la arquitectura, se acaba tejiendo, casi de manera inevitable, una reseña de los avatares desdichados y de los descuidos humanos que sufrieron unas construcciones que hoy, finalmente, se aprecian como huellas del pasado.

Aunque el autor señala que en su libro "quiere recopilar y resumir noticias dispersas en los documentos referentes a la ciudad, sin pretensión de lo exhaustivo [...] noticias que serán punto de partida para investigaciones aún más serias y especializadas, sobre cada uno de ellos en particular" (pág. 10), cabe mencionar que el mayor vacío se encuentra en el hecho de que aunque se pretende estudiar y reevaluar las construcciones, poco se habla de los "estilos" arquitectónicos que se encuentran en ellas, de esa suerte de sincretismo estético que las caracteriza, de los elementos físicos que las integran, de las técnicas de construcción o del vestido interior que las adornan. En varios casos, la reseña

histórica de la edificación se deslíe y termina confundiendo con la historia de sus fundadores o con detalles que no aclaran suficientemente su destino final.

Amén de lo anterior, y de las glosas y elogios que ya hizo el historiador Nicolás del Castillo (Lecturas Dominicales, *El Tiempo*, 17 de enero de 1999, pág. 10), se puede agregar que el libro sería útil como guía de visita a las construcciones que subsisten, para lo cual no habría sobrado incluir dibujos de las plantas arquitectónicas de los edificios y, sobre todo, un plano de Cartagena que muestre la ubicación de cada uno de ellos.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Sonido paisa

La música parrandera paisa

Alberto Burgos Herrera
Editorial Lealón, Medellín, 2000,
456 págs.

Su autor es antioqueño (Medellín, 1945), dibujante, locutor, médico e investigador musical, tal como dice la solapa de este libro. Es autor de la obra *Entre notas y anécdotas musicales*.

Él, en unos comentarios introductorios, dice que "no es una obra literaria; es la información y testimonio, referente a los inicios de esa música maravillosa que en Antioquia llamamos parrandera". Que es un género musical nuevo, pues, a excepción de un par de cultores del mismo incluidos en el libro, dan como inspirador o precursor de la "música parrandera paisa" al cantautor Guillermo Buitrago (Ciéna-ga, 1920-1949), quien grabó a partir de 1942 una música mestiza —generalmente hispana con acentos indígenas, pero en escasos ejemplos negroide—. Cualidades (nostalgia y alegría reunidas en una composi-